
Inyecciones Mortales

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9107

Título: Inyecciones Mortales

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 29 de julio de 2026

Fecha de modificación: 29 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Inyecciones Mortales

Desde hace algún tiempo la medicina prodiga a diario un agente terapéutico tan violento como extraño en sus efectos, y que antes reservaba para los instantes decisivos en que una enfermedad, manifiestamente grave, ponía a su víctima en peligro mortal. Tal el suero antirrábico, el antidiftérico, antiofídico, antipestoso, etc.

La economía humana, en estos casos, reaccionaba bien o mal, mejor o peor.

No es nuestro propósito, desde luego, sopesar los peligros ulteriores de una inyección endovenosa, ante el ataque a fondo de un microbio o cosa cualquiera, que está a punto de concluir con una existencia. La moral filosófica puede variar aquí de uno a ciento.

Aún más: ciertos contrastes de la vida humana —la mordedura de un perro rabioso, de una serpiente— son agentes, por decirlo así, extraños a la vida del hombre. Asaltaron a éste fortuitamente, en su camino a la vejez o a un límite vital ignorado. No deciden de su destino sino por casualidad, tal como un extranjero puede eventualmente decidir en la psicología de toda una familia.

La inyección, aquí, de suero o de lo que fuere, cumple un cometido tan legítimo cuanto injusta fuera la agresión.

Desde el punto de vista en que nos colocamos, no constituye esta inyección un agente terapéutico, como no fueron enfermedades las mordeduras de perro y de víbora.

Otras objeciones reserva el destino de la especie al uso

cotidiano de inyecciones contra un simple absceso, una erupción trivial, un resfrío, una insignificante alteración humoral, que el hombre carga y viene cargando en su ser animal desde el origen de la vida y que le son tan fieles y necesarias para afianzar su especie como el aire puro.

Todo suero inyectado directamente en las venas es un acto de violencia inaudita. Cadáveres de microbios, toxinas de microbios, antitoxinas de microbios arrancadas a otro organismo que logró defenderse de ellas tras meses de dolorosísima adaptación; sustancias coloidales, llanos venenos con etiqueta: de nada heterogéneo y extraño a la masa sanguínea se ha dejado de echar mano en esta insegurísima terapéutica contra el viejo equilibrio vital.

El organismo reacciona violentamente con fiebre, desórdenes cardíacos, urticaria, dolores articulares, con los que la sangre humana acusa su intolerancia. No siempre el cuerpo resiste estos choques brutales. Basta por lo demás haber visto palidecer intensamente a un enfermo inmediatamente de recibir uno de estos sueros de anodina fórmula; abrir desmesuradamente los ojos con suprema angustia; sudar verdadera agonía bajo el tumulto de su corazón enloquecido, para comprender la infinita resistencia que la vida del hombre, definida y sola tras millares de siglos, opone a esta especie de microhibridación.

La acción de algunos de estos sueros se manifiesta con violencia casi mágica. Uno de ellos, inyectado en las venas, mata en sólo veinte segundos los microbios que ataca, y que pululaban por billones en la corriente sanguínea.

Perfecta, pues, la función bactericida.

Pero lo que se ignora —porque de la ulterioridad de estos sueros recién nacidos nada en absoluto se sabe— es qué reacciones obscuras se desencadenan ante ese shock en la masa circulatoria. Ignoramos qué nobles elementos de la sangre no mueren a la par del microbio intruso, o degeneran,

o sufren un desequilibrio funcional que no advertimos todavía, pero del que las generaciones futuras sentirán los efectos.

Pues este es el problema que se ofrece: ¿Qué destino aguarda a nuestros hijos, inhabilitados día a día para la lucha de selección individual; modificados, disminuídos hora tras hora en su abierta resistencia contra la enfermedad, que el organismo viene desarrollando a través de los siglos por la inmunización natural, única inmunización, único suero que ha impedido hasta hoy, al cambiar el hombre de ambiente nativo, la degeneración absoluta de la especie humana?

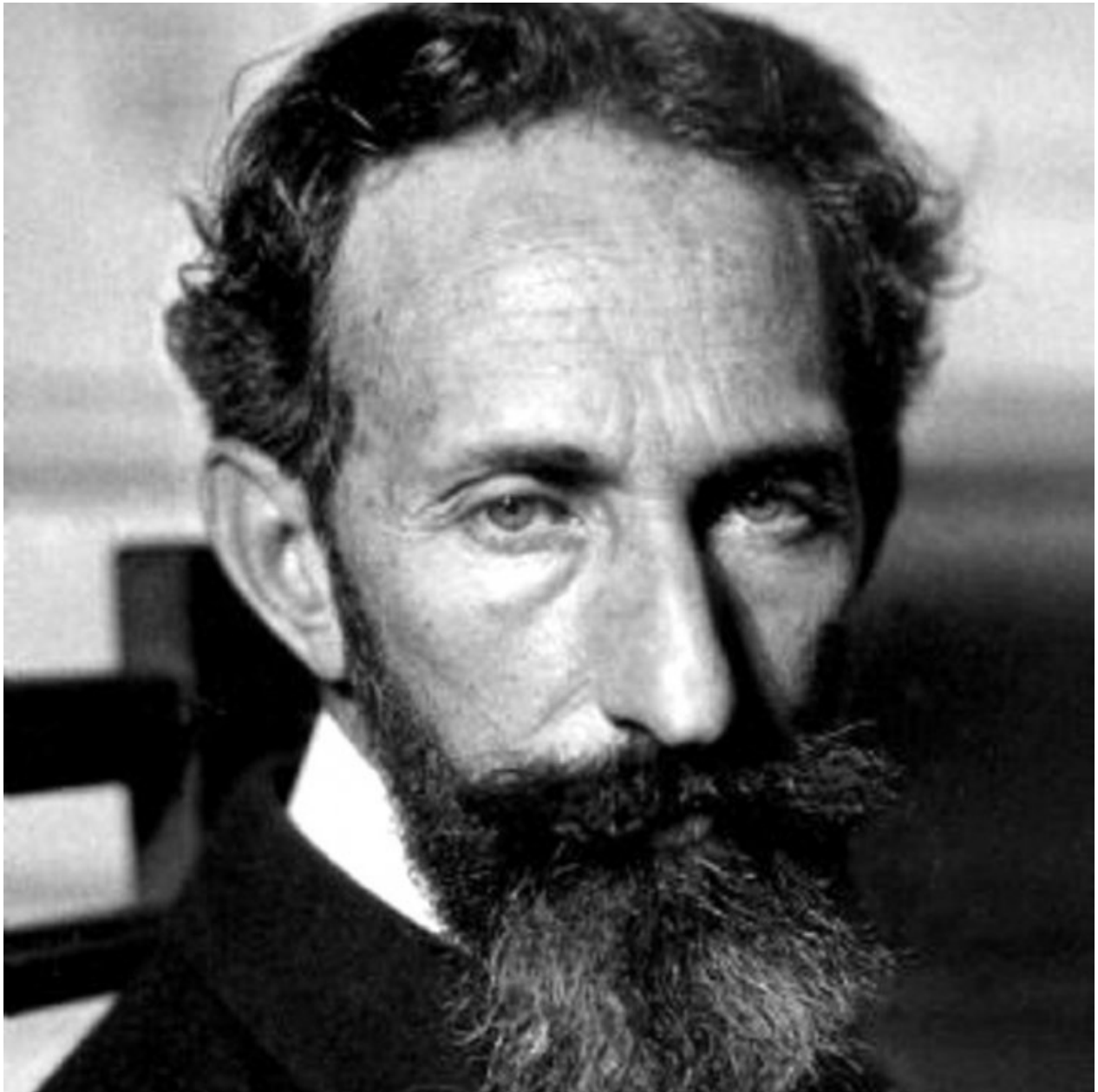
Si el hombre se ha afianzado y ha persistido en el medio más hostil a la vida que se conozca, que es la vida misma, es por haber actuado desnudo en ella, sin más protección que su resistencia adquirida tras los contrastes. El hombre no ha prosperado en la Tierra eludiendo la enfermedad, sino luchando con ella. El individuo de tan agotada naturaleza que no pueda reaccionar libremente contra una gripe primaveral, un panadizo o un resfrío, no es más que una célula degenerada en el organismo de la especie, y ésta nada espera de él.

Ante la especie, cuya existencia se pone en juego, estamos desviando su destino, sosteniendo con sueros endovenosos a los menos aptos, a los constantes enfermizos, por haber perdido ya las tres cuartas partes de su vida. Estamos poblando la tierra de semimoribundos, de semicadáveres, pero capaces, todavía, de descendencia.

Venimos substituyendo la selección artificial, foco de muerte de las especies, a la selección natural. La acción purificante de las grandes pestes que diezmaron a la humanidad, eliminando a los débiles y robusteciendo a los fuertes, la sentimos ahora en nuestra aumentada resistencia a esas mismas plagas. Pero si con medios artificiales nos empeñamos en perturbar, trabar y viciar hasta en lo más recóndito de nuestra vida esas defensas hereditarias, llegará un día en que la voz de la especie se levantará ante el

pueblo de muertos a medias que le hemos legado. Cuanto ha hecho el hombre para abolir la propagación de su raza, ha resultado estéril. Puede que un día la especie comience a defenderse accediendo a su deseo.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)